

# LITERATURA Y DESASTRES

## CÁNDIDO O EL OPTIMISMO\*

Voltaire

### CAPÍTULO V

DE UNA TORMENTA, UN NAUFRAGIO Y UN TERREMOTO; DE LOS SUCEOS DEL DOCTOR PANGLÓS, DE CÁNDIDO Y DE SANTIAGO EL ANABAPTISTA

Sin fuerza y medio muertos la mitad de los pasajeros con las imponderables bascas que causa el balance de un navío en los nervios y en todos los humores que en opuestas direcciones se agitan, ni aun para temer el riesgo tenían ánimo; la otra mitad gritaba y rezaba; estaban rasgadas las velas, las jarcias rotas y abierta la nave; quien podía trabajaba, nadie se entendía y nadie mandaba. Algo ayudaba a la faena el anabaptista que estaba sobre el combés, cuando un furioso marinero le pega un fiero empujón y el derriba en las tablas; pero fué tanto el esfuerzo, que al empujarle hizo que cayera de cabeza fuera del navío y se quedó colgado y agarrado de una porción del mástil roto. Acudió el buen Santiago a socorrerle y le ayudó a subir; pero con la fuerza que para ello hizo, se cayó en la mar a vista

del marinero que lo dejó ahogarse, sin dignarse siquiera de mirarle. Cándido que se acerca y ve a su bienhechor que viene un instante sobre el agua y que se hunde para siempre, se quiere tirar tras él al mar; pero lo detiene el filósofo Panglós, demostrándole que había sido criada la cala de Lisboa con destino a que se ahogara en ella el anabaptista. Probándolo estaba *a priori*, cuando se abrió el navío, y todos perecieron, menos Panglós, Cándido y el desalmado marinero que había ahogado al virtuoso anabaptista; que el bribón salió a salvamente nadando hasta la orilla, donde aportaron Cándido y Panglós en una tabla.

Así que se recobraron un poco del susto y el cansancio, se encaminaron a Lisboa. Llevaban algún dinero, con el cual esperaban librarse del hambre, después de haberse zafado de la tormenta. Apenas pusieron los pies en la ciudad, lamentándose de la muerte de su bienhechor, la mar embatió bramando el puerto y arrebató cuantos navíos

se hallaban en él anclados, se cubrieron calles y plazas de torbellinos de llamas y cenizas; hundíanse las casas, caían los techos sobre los cimientos, y los cimientos se dispersaban, y treinta mil moradores de todas edades y sexos eran sepultados entre ruinas. El marinero tarareando y votando, decía:

—Algo ganaremos con esto.

—¿Cuál puede ser la razón suficiente de este fenómeno? —decía Panglós.

Y Cándido exclamaba:

—Éste es el día del juicio final.

El marinero se metió sin detenerse en medio de las ruinas, arrojando la muerte por buscar dinero; con el que encontró se fue a emborrachar, y después de haber dormido la borrachera compró los favores de la ramera que topó primero y que se dió a él entre las ruinas de los desplomados edificios y en mitad de los moribundos y los cadáveres, aunque Panglós le tiraba de la casa, diciéndole: